

YENÚN Y CUEVAS EN AIT BA AAMRÁN

HEMOS tratado ya en otros números de estos CUADERNOS, sobre la religión y las creencias de Ait (Los de) Ba Aamrán. Expuesto —como ha quedado— que el culto a los *igurramen* está muy desarrollado entre estos berberes del Suroeste marroquí, digamos cómo junto al culto profesado a los santos desconcierta una serie de cultos naturistas, vestigios de prácticas preislámicas, supervivencias paganas, ritos agrarios.

Reconociendo que animales, vegetales y algunos cuerpos del reino mineral están dotados de las virtudes extraordinarias, maravillosas y prodigiosas que singularizan y destacan ese flúido misterioso conocido por *baraca*, nada de extraño tiene se cree que algunos árboles: algarrobos, alcornocues, olivos, higueras, estén provistos de ella (1); que ésta se sienta en el valor mágico de algunos minerales y que hay *baraca* en el agua que se va a utilizar para las abluciones.

Nada de particular tiene, pues, que en el Islam popular sea lícito un culto, supervivencia de otro pagano, rendido como temerosa expresión de acatamiento u obsequiosa prueba de gratitud a ciertos árboles (*Lal-la Tazugguart*, Nuestra Señora del Azufaifo; *Lal-la Tadmant*, Nuestra Señora del Espino blanco o del Majuelo), a determinados lugares (*Sidi Sahab el Trik*, Mi Señor el Patrón del camino), y aun a fuentes (2) y a cuevas (3). A veces, un montón de piedras indi-

(1) A estos árboles se les considera como unos ídolos y se les llama cariñosa y respetuosamente *agurram*.

(2) Entre las fuentes maravillosas que los berberes consideran como sagradas figuran la de Sidi Harazem (*Hammam Jaulan*, de León el Africano), con agua caliente (35°) rica en gas carbónico, cuyo manantial brota a unos 15 kilómetros de Fez. A 22 kilómetros de esta medina se halla la también fuente sagrada de Mulai Iacob, de agua sulfurosa. Cura el reumatismo y las lesiones cutáneas sifilíticas. Cinco fuentes inmediatas son llamadas —en razón de la aplicación de sus aguas, de los ojos, de los dientes, de los tífosos, de los idiotas y de las mujeres estériles.

(3) El culto de las grutas puede venir de los tiempos primitivos, como prác-

ca el carácter sagrado del lugar (*Sidi el Mojfi*; Mi Señor el Oculto o Desconocido); si en él no se halla el santo, se goza de su *baraca*, pues se aprecia el mismo poder milagroso que en el santo auténtico. En ocasiones, el mismo nombre del lugar venerado (*Sidi Bu Eryá*, Mi Señor el Dueño de la Esperanza; *Sidi el Guerib*, Mi Señor el Extranjero) indica se trata de santos ficticios inventados como justificación de la estima y aprecio reconocidos para aquellos lugares sagrados. El lugar en que se trillan los cereales se considera también como sagrado.

En el confusionismo creado para la adoración, la veneración y el respeto en el reconocimiento de las virtudes singulares o de las propiedades sobrenaturales, el culto profesado por «Los de» Ba Aamrán, se inicia en los poblados con la creencia en el poder de los árboles, fuentes, cuevas, *jaluas* y *kubbas*. Las *jaluas* son recuerdos de presencias pasadas; las *kubbas* encierran los restos de quien en vida causó admiración, envidia y respeto.

En las cuevas, árboles y fuentes se vinculan virtudes mágicas: el culto a las grutas, a los árboles y a las fuentes es, en realidad, un culto rendido a los *yenún* (pl. de *yen*, genio) que pueblan la tierra, hallándose en los montes aislados, en las cuevas de los acantilados, en las quebras de las peñas (4), en las grietas profundas del terreno, en

tica del hombre que precedió al Berber, procedente de Oriente, cuna de la Humanidad.

A lo largo del pasillo de Taza se encuentra Beraber, que, cual verdaderos trogloditas, viven en cuevas naturales o excavadas en los acantilados de la montaña. En Imuzer, monte Candar, hay grutas que se llaman *ifrán iromiën*. Este poblado berberí, a 36 kilómetros de Fez, tiene grutas naturales preparadas para ser habitadas por gente de la tribu de Ait Segruchen.

En las cuevas de Taza y de Fez pasan días enteros mujeres que piden verse libradas de su esterilidad.

(4) Cuando estuve destinado en las Intervenciones del Rif conocí la leyenda de la *cimsezzecht* que se halla en la cumbre del monte Tidiguín (altura, 2.453 metros), la más elevada de nuestra Zona de Protectorado. La «estructura entre peñas», larga como unos treinta metros, tiene pocos centímetros de anchura: los indispensables para pasar con apuros las jóvenes esposas que —así, sometándose a tal prueba— han de demostrar a sus maridos su fidelidad, al salir de la *cimsezzecht* sin rozaduras en la carne ni rasguño en las ropas. Las livianas, las que tuvieron algún devaneo, salen con las ropas rasgadas. Algún marido solicita el divorcio, mientras los amigos o contríbulos se alejan echándose sobre la cabeza la capucha de la *yel-laba*, con ese gesto tan peculiar, hipócrita y egoísta del que nada quiere ver ni saber...

En la cuenca del río Uarga, en la rifeña kabila de Beni Chibet, existe un lugar llamado *Zigiüü u Rebbi* (puente de Dios) porque dos grandes e inclinadas

las malezas que las cubren, en los bosques aislados, en los huecos de los árboles; encontrándose en el aire como dueños de los vientos y bajo la forma de pájaros y aves, en el polvo que hay en suspensión (5); y pueblan también las aguas, de las que son sus dueños —por lo que visitan con frecuencia los lugares húmedos, y una de sus salidas al exterior sea la boca de los sumideros, de las cloacas, de las alcantarillas—, y en los que el «baamrani» personifica los poderes desconocidos, las influencias bienhechoras o nefastas cuyos resultados aprecia en los azares de su vida. No es que tales genios proteiformes habiten en las cuevas, vuelen por entre el ramaje de la copa arbórea o se ofrezcan en las aguas de los manantiales; pero la cueva que tiene el privilegio de reabsorber la mala influencia, y el árbol que libra de la enfermedad, y la fuente que cura la dolencia, son los lugares o elementos de la naturaleza adecuados y propicios para llegar al mundo subterráneo y oculto en que aquellos genios residen —con poder para relacionarse con el mundo exterior (6)— y con los que conviene vivir en buena armonía; pues, a cambio de una pequeña ofrenda, no solamente curan enfermedades, sino que conceden magníficas recolecciones, grandes fortunas, otorgan destacadas facultades para el conocimiento de determinados oficios y agracian satisfaciendo los deseos de tener prole. El «baamrani» procede como si los árboles viejos, algunas malezas, grutas y fuentes, algunos reptiles, pájaros y otros animales tuvieran alma. Ya con esta creencia, les atribuye un poder secreto, tratándolos cual personajes misteriosos y dándoles el nombre de «agurram» (7).

piedras se encuentran en su parte superior formando bóveda al estrecho cauce de un arroyuelo. Las mujeres víctimas de la esterilidad, una vez desnudas, pasan por tan estrecho agujero... A veces, un embarazo les trae la felicidad.

En la margen derecha del río Seluán (territorio del Quert) hay un sitio análogo, visitado con el mismo fin.

(5) El *litam* que todavía llevan algunos «baaranis» impide que los espíritus malignos se introduzcan por la nariz y por la boca; si aquel velo protege contra el viento y las impurezas que arrastra, también defiende de los *yenún* que pretendan «introducirse en la respiración» para perturbar el alma.

(6) Para el «baamrani», el reino de los *yenún* es idéntico al de la especie humana. En su organización se encuentran caseríos, poblados y ciudades; casas humildes y casas suntuosas, casas solariegas y chozas de *yenún* pobres; calles, plazas, mezquitas, sokos; todo cuanto se pueda encontrar en las urbes sobre tierra.

(7) Sigue el confusionismo cuando el «baamrani» estima que algunos animales gozan de *baraca*, por transmisión: tales la golondrina, la cigüeña.

Esa creencia en los espíritus de las aguas corrientes (Aaicha Kandicha y su esposo Hammu Kaioa mostrándose en el río Asaca), en la divinidad de las montañas elevadas (leyendas de los montes Bu Timzguida y Tual), en lo sacrosanto de las cuevas son restos del paganismo defendido años y aun siglos en las vallonadas de las montañas inaccesibles para el invasor, en las que vivieron los antepasados de muchos de estos «baamranis». No olvidemos que el Berber tomó conceptos del Paganismo, como los tomó del Cristianismo y aun del Judaísmo. Pensemos, en cuanto a estos dos últimos, cuántas tribus hoy musulmanas, algunas muy próximas a los de Ba Aamrán, fueron cristianas o judías. No olvidemos muchos rasgos faciales; observemos muchos detalles raciales.

* * *

En relación con el mundo subterráneo en que los *yenín* residen, recogí en Bokoia —cuando en el año 1931 pasé a prestar mi servicio de Interventor— (entre otras leyendas) la leyenda de Sidi Malec, cuya zúuia hállase ubicada en una loma cerca del caserío Ichlucen (ladzmanen), de la fracción Azgar. Me contaron...

Un día de ardiente sol había llegado hasta el soko Had de Ruadi un viejo y noble mendigo. Vino desde la parte de Beni Itteft e iba hacia Ismoren (en sus terrenos está la oficina de Intervención). Buscó descanso bajo las copas de los frondosos árboles, próximo a los que servían para colgar las escasas reses sacrificadas para el consumo.

Ajeno al bullicio del soko, rendido y abstraído, sólo los dedos de su mano derecha se movían para pasar las gruesas cuentas de su largo rosario. Los quejumbrosos aullidos de un perro le volvieron a la realidad, observando cómo un matarife perseguía al can que, de una dentellada, se llevaba un trozo de carne. El anciano se interpuso, aplacó la ira del matarife y pagó espléndidamente el valor del pedazo llevado.

Ya mediada la tarde, el viajero reanudó su camino. Al pasar junto a negruzcas peñas al borde de ancho encharcamiento en la llanura llamada Merika, un joven le instó para que se hospedara en su casa, en la que su madre le esperaba para demostrarle su gratitud. Extrañado, se resistía a aceptar, cuando el joven —tocando el hombro izquierdo del mendigo— le declaró que su madre le ordenaba que acudiera a su mansión.

Obedeció el anciano y, sin saber cómo, se encontró en el fondo de una sima, desde el que por una galería se trasladó a una ciudad tan grande y rica como la de Fas (Fez), con sus barrios y mezquitas, con sus sokos y fuentes, con sus palacios... En uno de éstos entraron. La viejecita madre salió al encuentro, saludando al huésped con un beso en la mano derecha. Le deseó felicidad en aquella ciudad, capital de un reino de los *yenún*, del que ella era la *malica* (reina). Le agradeció la protección dispensada a su hijo, aquel apuesto mancebo allí presente, horas antes un hambriento perro. Le ofreció oro, plata, piedras preciosas; todo un tesoro deslumbraba al anciano mendicante.

Tres días pasó en aquella mansión señorial el mendigo viajero. Al despedirse se le volvieron a ofrecer metales y piedras preciosas; mas, siguiendo indicaciones del hijo, solicitó de la reina el anillo que ella llevaba y el libro que le había visto leer. Entregó de éste una sola parte; colocó el anillo en el dedo del anciano; le dijo: «Ya tienes el poder para mandar a los *yenún*; lee y alcanzarás la sabiduría para gobernarlos y te sean obedientes. A partir de este momento los pongo a tus órdenes»...» Y la viejecita, la reina agradecida, se esfumó...

Sin darse cuenta del traslado, el viejo se halló junto a las rocas negras al borde de la pequeña laguna. La voz del joven le sacó de su asombro, viendo la extensa y desierta llanura salpicada de la arbustiva *tizga*. Aquella voz le denominaba Sidi Malec, al mismo tiempo que la mano del *yen* le mostraba la blanca zúvia ubicada sobre la loma de Ichlucen, a la que fueron transportados misteriosamente. Allí acudirían cuantos sintieran los *yenún* en su cuerpo —advirtió el joven—, fueran hombres o mujeres, y a todos curaría la virtud de Sidi Malec. Desde entonces, los endemoniados, los epilépticos, los sífilíticos y las mujeres estériles han ido acudiendo todos los sábados buscando el milagro del morábito.

* * *

Son las mujeres las que principalmente mantienen la devoción a los *yenún*; a la sombra de un árbol, junto a la fuente sagrada, o en la cueva tenebrosa se guarda el haz de leña recogida —sin posibilidad

de transporte— poniéndolo bajo su cuidado; una siembra hecha con orientación hacia un montón de piedras, queda protegida hasta ganar en espléndida cosecha; el arado se abandona sobre el terreno comenzado a labrar; el «aguerrabo» del pescador, con sus remos, cañas y, acaso, redes, quedan protegidos por uno de estos santos de nombres oscuros y enigmáticos; las propias mujeres casadas, montadas sobre un mulo, les dan vuelta, siete veces, para librarse de los malos influjos; y las jóvenes, con su inocencia, duermen sobre sus tumbas para pronto dominar el arte del telar.

En el Anti Atlas —como en todas las regiones montañosas y valles atlánticos— en que viven los berberes sedentarios, es en donde resurgen de un pasado lejano antiguas prácticas de tanto pueblo como en Berbería se superpuso al «substratum» líbico, que recubría, a su vez, el dominio de la prehistoria. Por eso han llegado hasta nosotros tan antiguas creencias como en el mal de ojo, en los genios, en el carácter sagrado o maléfico de ciertas personas, en el augurio; creencias que hoy día rigen la manera de ser y de comportarse de muchísimos de nuestros «baamranis», preocupados por librarse de males, peligros y desgracias. A los *yenún* los consideran como seres superiores y poderosos, malvados, dañinos y, por tanto, perjudiciales. Para prevenirse contra ellos se lleva como joya el *jamsa*, que nosotros llamamos «mano de Fatma»; se pinta en el dintel de las casas o en sus paredes. También se anulan tales maleficios mediante collares en los que pende un saquito o un estuche de cuero lleno de azufre; muchos añaden en el collar pequeños caracoles.

En todo Marruecos —por tanto, en los de Ba Aamrán—, tales espíritus maléficos ejercen una gran influencia, con grave perjuicio para el desarrollo de las facultades intelectuales y aun para la voluntad de sus habitantes. Los berberes, principalmente los campesinos, asimilan los *yenún* a los demonios, al *iblis*, a *chitan*. Nada de particular tiene que mediante una serie de ceremonias paganas, de ritos, traten de prevenirse contra ellos, de alejarlos de su persona, de contrarrestar su perniciosa influencia con poder para dejarse sentir en la vivienda, en los ganados, en las cosechas. Se explica que mediante sacrificios, valiéndose de ciertas ceremonias dirigidas por viejas mujeres prácticas o por leídos *tolba* (pl. de *talib*) se pida una lluvia benéfica, que cese una esterilidad, que venga una prole numerosa; que unas fiebres remitan o una enfermedad se cure, y que se neutralice el mal de ojo.

Contra el mal de ojo colocan en la parte superior de los muros de las viviendas ollas desportilladas y ennegrecidas y puestas boca abajo.

Este ansia de protección hace que muchas de las costumbres que enfocamos en los «baamranis» como expresión de su religiosidad, sean mantenidas como tradición tribal, más que como creencia islámica. Muchos de los ritos agrarios observados no son sino supervivencias de los viejos cultos naturistas; y esto, sin que los propios «baamranis» sepan el origen y significación de tales costumbres, en las que —eso sí— aprecian posibles consecuencias favorables a los intereses que pretenden defender. No se pregunte a un «baamrani» por qué alguno de sus contríbuloles deja sobre los terrenos de pastoreo pequeños chacales hechos de arcilla; tampoco se inquiere la influencia del sacrificio de un pájaro o de un insecto; él sabe, por tradición más que por propia experiencia, que con la primera práctica se librerá a los ganados de los dientes del chacal, y que cuando da muerte ceremoniosamente al estimado como jefe de la banda pajaril o insectívora, preserva sus cosechas contra el apetito de los pájaros o la voracidad de los insectos.

En cuanto a la magia, hay hombres y mujeres de Ait Ba Aamrán —al fin y al cabo, del Sus— que por su habilidad y prácticas extrañas ganan el respeto e imponen el terror en estas almas sencillas. Siempre que en la Zona Norte de nuestro Protectorado se trata de cuevas tenebrosas u otros lugares que ocultaron fabulosos tesoros, se nos relata la historia de un *taleb susi*, procedente de esta parte del Sur marroquí, sabedor de fórmulas mágicas y poderosas para evocar los genios, ponerlos a su servicio, y obligarlos a la entrega de aquellas riquezas. A decir de los indígenas, estos magos de fama son los únicos conocedores, por sortilegios, de las palabras precisas, de la contraseña indispensable para —penetrando en las cuevas encantadas de las que los *yenún* son celosos guardianes— descubrir los tesoros ocultos.

* * *

Dado el objeto de este trabajo, no nos resistimos a contar lo que sucedió a unos *tolba* en el poblado Buguidir, de la fracción Ait Iasin, de los Isbuia (Ait Ba Aamrán).

En tal poblado habitaron los portugueses —dicen los del país—. Al huir empujados por la *yihad* o guerra santa, enterraron gran cantidad de cosas preciosas y valiosas.

Pasó mucho tiempo, pasaron muchos años... y el «fakih» Si Mohammed ben Tiyiri, Sbai, que por aquel entonces residía en el caserío Smara de la fracción Id lago (Isbuia), se enteró —¿cómo?— de la existencia del tesoro oculto. Reunió tres *tolba*: uno de la zúuia de Sidi Mohammed b. Abdel-láh (Ait Ijelf), otro de la zúuia de Sidi Soliman (Abaino, de Ait el Joms) y el tercero de la zúuia de Timiglist (Id Ibudrarn. Protectorado francés). Les rogó su colaboración para una empresa lucrativa y sin peligro —sólo había que rezar—, y aceptaron. Acompañados por dos obreros se trasladaron al lugar en que se encontraban reunidos y guardados los objetos preciosos.

Empezaron los obreros a cavar, y el *fakih* y los *tolba* entonaron versículos del Korán... Y así un par de días; dos días levantando y moviendo la tierra con picos y azadas; dos días traspalándola; dos días ahondando, profundizando, con alternativa de cavadura y traspaleo. También el *fakih* y los *tolba* cavaban al así reflexionar sobre el propósito perseguido, y también con alternativas de salmodia y de meditación...

Durante el trabajo del tercer día se descubrió una pequeña cueva, en cuyo fondo encontraron un sapo de tamaño descomunal, con enormes ojos saltones. La primera impresión recibida fué de miedo; luego quedaron perplejos, irresolutos; por fin, trabajadores y rezadores vencieron sus propias dudas, sus vacilaciones, y continuaron cavando los unos, salmodiando los otros. Pero el batracio verdoso, de abundantes berrugas, empezó a hinchar su cuerpo rechoncho. Tanto, tanto aumentó éste de volumen, que dejaron de verse las cortas extremidades. Los cinco creyentes que habían violado aquel lugar —hasta entonces hecho respetable por el temor— quedaron, más que asombrados, pasmados; pero, antes de librarse de aquel enajenamiento, reventó el sapo, estallando su cuerpo con estruendo y arrojando lejos a todos.

Según una versión, los trabajadores cayeron en el mar, pereciendo ahogados; el *fakih* y los *tolba* lo hicieron en sus respectivos poblados, sin sufrir daño alguno. Según otra referencia, *tolba* y jornaleros fueron a caer en lugares alejados del de trabajo, sin sufrir detrimento alguno en su cuerpo. Desde que ocurrió tal suceso dejaron de

acercarse a tales ruinas los kabileños Isbuia, que no quieren irritar a los *yenún* que guardan y defienden lo que se sospecha precioso y valioso (8).

* * *

Tengamos presentes, también, esas mujeres consideradas como aliadas del *iblis*, que poseen la ciencia del presagio, el arte de distinguir los hombres de buen augurio de los que acarrearán desgracias, con memoria excepcional para la práctica hábil de hechizos, sortilegios y adivinaciones, que, al servicio de la pasión, trastornan a los hombres, los enloquecen, los enferman y hasta conducen a la muerte.

Para quien dude de los *yenún*, de su existencia y actividades, observe a los epilépticos, a los convulsos, a los locos furiosos; ese animal que cocea a su pareja de yugo es un poseso. La fórmula *Bismil-lah* puede preservar de ellos; amuletos con frases koránicas o con signos cabalísticos —colgados y encerrando el papel escrito junto a diversas substancias con virtudes mágicas: como alumbre, goma, hiebro o sal gema— amparan contra sus venganzas; la sal, echada por el suelo de la casa, bajo el lecho de la parturienta, sobre los montones de cereales, en los silos que han de guardarlos, hace huir a los genios invisibles; la herradura colgada tras la puerta, la vieja hoz en el silo, atemorizan a aquéllos; el olor de ajo, de alquitrán, les hace huir; también el ruido y la luz, y el humo de la tuforbia *tiquint*, y el del *agšbod* o pala seca de chumbera. También aplaca el ardor de los genios ocultos en la casa algo de sal echada sobre el fuego crepitante; como por sal ha de ser pasada la hoja del cuchillo con que se vaya a sacrificar cualquier animal. Cuando el «baamrani» hace su cura de chumbos, no ha montado las jaimas junto al chumberal sin haber echado sal previamente en el emplazamiento elegido (9).

(8) La primera versión me la facilitó Si Mohammed Salem b. Ismail b. Lili, «El Tarbali», Catib de Soko Telata Isbuia.

(9) Para ahuyentar los *yenún*, hay quien repite tres veces la oración: «En nombre de Al-lah, Clemente y Misericordioso.» ¡Que la oración sea sobre nuestro Señor Mohammed, sus familiares y adictos! ¡Salutación inmensa! ¡Al-lah!... Dios es único, nadie es eterno más que El, y su devoción es obligatoria. Es vivo y muy velador de todo lo existente. Jamás le rinden letargo ni sueño y a Su voluntad se halla supeditado lo que comprenden los cielos y la tierra. ¿A quién se otorgaría perdón si no mediante su venia? Le consta

Mas cuando esta pobre gente se siente impotente para vencer a los genios nefastos, no sólo procura reconciliarse con ellos, sino que pretende ganarlos a su favor, aprovecharse de su poder. Y entonces les ofrece alimentos insípidos, sosos; o les hacen sacrificios sangrientos, ofreciéndoles las víctimas, los animales inmolados. El «baamrani» que derrama sangre sobre la zanja en que va a elevar el tapial, o el propietario de la casa recién construída que sacrifica una res sobre el umbral, así como el pocero que corta el cuello a una gallina negra o a un macho cabrío sobre el lugar en que va a empezar a abrir un pozo, no son pelotilleros pusilánimes que halagan a los *yenún* poderosos (10); es que, casi, casi, los consideran como dioses que fueran dueños de la vida, con *baraca* para prodigar el bien y con poder para castigar con el mal. El «baamrani» cree que el reino de los *yenún* se halla en el centro de la tierra; por esto siente temor, tiene miedo de cavar hondo al hacer un pozo; por ello se adelanta a aplacar la ira de quienes ven perturbada su tranquilidad y sin respetar la inviolabilidad de su morada.

En Ait Ba Aamrán, especialmente en los macizos montañosos de la cadena oriental, y muy particularmente en sus acantilados, existen bastantes cuevas: desde las profundas y alargadas —con sus pasillos tortuosos, vuelos de pájaros negros, estalactitas a veces silbantes por

lo que ha creado y sus acciones, y ninguno puede poseer de Su ciencia más que aquello que por conducto de sus enviados le deparase. Su Trono (Imperio o Autoridad) comprende los cielos y la tierra, y la custodia de éstos no le constituye pesadumbre alguna, siendo El el elevadísimo y sublime.» (II: La vaca, 256.) Este versículo se llama *Aiatu el Cursi* = Versículo del Trono.

El *Cursi*, que está en lugar superior al cielo y a la tierra, es el trono de justicia, el tribunal de Dios. Encima de los siete cielos que, según la cosmogonía de Mohammed, forman círculos concéntricos, esta el cielo puro sin estrellas, en el que se encuentra *el aarch* = el gran trono, el trono de la majestad divina. «Si se apartan de tus enseñanzas, diles: Dios me basta. No hay más Dios que El. Yo he puesto mi confianza en El; El es el poseedor del gran Trono.» (IX: La inmunidad o el arrepentimiento, 130.)

El versículo del Trono —escrito y guardado en un estuche— se lleva colgado del cuello o de un brazo, a guisa de amuleto.

(10) Los *yenún* favorecen a sus amigos, lo mismo que complican la vida de quienes no les tratan bien. Si para congraciarse con ellos no ha bastado ofrecerles comidas sanas ni hacerles sacrificios, hay quien —con tal fin— reza sin la práctica de la ablución, o hace ésta con orina, y hasta llega a ultrajar el libro sagrado.

la corriente de aire, ruidos extraños, ecos sorprendentes—, hasta la pequeña excavación en la pared rocosa.

Cuando, buscando conocer el territorio de Ifni, las caballadas nos han llevado al palmeral de Sidi Mehand u Iusef —al pie del espinazo montañoso que a través de la kabila de Ait Iazza une el alargado monte Tamucha con el monte Tel-lu—, han llamado nuestra atención las abundantes y diversas cuevas ofrecidas en las escarpas o precipicios casi verticales que dan frente a la cubeta Tagragra.

Destácanse por su capacidad y por su antigüedad —de la que dan fe las largas estalactitas pendientes del techo— las de la zona de Tanulmi (Ait en Nos), agreste lugar de ascensión a la meseta de Ait Iazza y a la llanura de los Ajsás, salientes escalonados que en época de lluvias forman la cascada de Tanulmi u Fel-la, de unos cincuenta metros de altura, en las inmediaciones de la ruinas de tal nombre.

No es la gruta mayor la más visitada; es una de unos cinco a seis metros de profundidad, la que se aprecia más usada, más golpeada en las llamadas a *Mul el hayar* (Dueño de la piedra), más rozada por los cuerpos dolientes. A su pie, una verdadera alfombra de plumas de gallináceas. En su interior, la variedad de exvotos pone curiosidad por conocer la súplica y poder relacionarlos con la dolencia. Allí han quedado: colgados de las concreciones calcáreas, o anudados en los salientes de la roca, trozos de tela azul (*junt*); pedazos de peine, de espejo, de piezas de alfarería; partes de platos con pequeñas cantidades de *henna* (11), de *kohol* (12); algunas conchas de mejillones

(11) La *henna* es una planta llamada *Lawsonia inermis*, de la familia de las Litariáceas, cuyas hojas contienen materias resinosas astringentes, mucílago y una materia colorante. El cocimiento concentrado de las hojas hasta formar una pasta o crema, se emplea para teñir las manos y pies; pero también para limpiar el pelo. Comoquiera que la mujer berberí relaciona el desarrollo del cabello con cuanto guarde relación con el amor, la soltera que desea contraer matrimonio deja como exvoto una porción de la *henna* con que ha limpiado su cabeza, un peine o trozo de éste, con el que ha alisado su cabello. Es planta cuya *baraca* se estima como un don de Al-lah y de su Profeta. Con ella se tintan las manos y los pies de la novia para el día de su matrimonio, dando lugar tal práctica a ceremonias que son elemento esencial y pintoresco de los festejos. También al novio se le tiñe la mano derecha por el ministerio que forman sus amigos íntimos.

(12) El *kohol* es el exvoto de quienes padecen de los ojos. Hay la creencia de que tal polvo tenue (sulfuros de antimonio o plomo; es decir, estibina o galena) es un afeite en la coquetería femenina; mas, si se ve en los hom-

con los mismos productos. Tales exvotos denuncian cómo los suplicantes son débiles mujeres.

De todas las kabilas de Ait Ba Aamrán, de los Ajsás, de Ait Briem, de Ait Sahel, hasta de los Achtuquen, acuden las almas afligidas.

La cueva a que venimos refiriéndonos se la llama en el dialecto «tachelhit» *Aguel-lid n leyuad* = Rey de los generosos. Esta denominación encierra dignidad, aprecio, estimación. Para los supersticiosos, esta cueva tiene unas propiedades de las que carecen las demás, no solamente las que se hallan en aquel paraje, sino en toda la confederación. Esta reconocida supremacía le confiere una gran preponderancia, pues, como dicen los «baamranis», por su excelencia sobresale entre las demás cuevas; lo que le confiere el título real.

Llaman también a esta cueva *Ayaref n ahlal* = Acantilado de la luna, porque su situación en la parte alta de la escarpa hace que desde abajo se vea como aquel satélite. Según otros, tal nombre se relaciona con el de los árabes *Ahlalium* que, se supone, residieron en aquel lugar (13).

En cuanto una mujer tiene sospecha de haber sido «atacada» por un *yen*, o presenta alguno de los síntomas característicos de los poseedores (la debilidad en la memoria es estimada como uno de aquéllos)-

bres aplicado sobre el borde de los párpados en el nacimiento de las pestañas, se comprenderá que tal práctica tiene por fin preservar los ojos de ciertas afecciones. Hay ocasiones en que el *kohol* es mezclado con hueso de aceituna negra, quemado, y pimienta, previamente triturados. El lagrimeo provocado arrastra las causas de la dolencia sufrida.

(13) Señalemos que los beduinos de Beni Hilal y Soleim estaban acantonados en el alto Egipto, por represalias, ya que habían jugado un papel importante en las revueltas karmatas. En 1050 fueron lanzados sobre Berbería por el jalifa fatimida El Mostansir. Los primeros en invadir fueron los B. Hilal; les siguieron de cerca —y aun, en ocasiones, les acompañaron— los Soleim; en la segunda oleada se sumaron los Makil, que siguieron hacia Oeste-el límite entre las Altas Mesetas y el desierto.

Este tercer grupo de invasores árabes ocupó y dominó, desde finales de la primera mitad del siglo XIII, toda la región de los oasis marroquíes. Como sus vanguardias penetraron en el Sus (en donde los Chebanat y los Dauí Hasán apoyaban la larga revuelta de Aali b. Yedder), y como a esta invasión se la conoce en la historia por la de los Hilalién, podría tener fundamento el informe que se nos ha facilitado. Consignemos que durante el reinado del almohade Abu Hafs Aomar, llamado El Mortada (El Aceptado) (1248-1266), se revolvieron el Sus, dirigido por Aali b. Yedder, y fué apoyado por los árabes Makil.

promete hacer la peregrinación al *Aguel-lid n leyuad*. El día preferido es el sábado, y la visita a la cueva debe ser hecha en tres noches de sábado consecutivas.

En la primera visita se llevan siete tortas de harina de cebada, amasada sin sal. Antes de entregarse al sueño hay que consumir parte de aquel pan; el resto queda como obsequio para los *yenún*, moradores de la cueva, a quienes se llama *yuad* (generosos), para predisponerlos en favor del peregrino. Simultánea y repetidamente se golpea con una piedra en la roca, invocando sin cesar al dueño de la cueva; exponiéndole, luego, la desgracia, expresándole la desventura, manifestándole la aflicción y solicitando el remedio, la curación y la alegría. Allí las tristes mujeres exponen todas sus cuitas, todas sus penas, todo cuanto quieren ocultar a los demás: la queja del marido, la de otras mujeres; sus pequeñas miserias, sus ambiciones; sus odios y hasta sus afectos. Por fin, la peregrina se acuesta para dormir junto al pan que ha sobrado, y con la esperanza de que durante el sueño se le transmitirá la buena nueva en relación con el propósito que determinó la peregrinación; pues se cree que los *yenún* comunican a los enfermos suplicantes lo que sobre éstos escuchan de los ángeles en el cielo (14). Según comentarios de peregrinas que han pernoctado en la cueva, se oye en ésta durante la noche cantos de gallos, retumbos de adufes y los característicos gritos de alegría llamados *tagorit*.

La tercera y última noche sabática, como a los *yenún* gusta la sangre por lo que tiene de acre, se les ofrece el sacrificio, al pie de la cueva, de un pollo o gallina; algunas peregrinas lo buscan con siete

(14) Esto es muy difícil de creer —nos dice el informador—, ya que en el *Korán* se expresa: «Hemos tocado el cielo con nuestro vuelo, pero lo hemos hallado lleno de guardianes fuertes y de dardos ardientes» (LXXII: Los Genios, 8).

Pero también nos asegura el «*baamrani*» amigo, que lo esperado por los peregrinos puede ser, pues cuando *Al-lah* decreta la ejecución de algún hecho, éste se lleva a cabo ajustándose a Su suprema voluntad, ya que «a ella se debe cuanto existe y se deberá lo que existirá». Alega, no obstante, : *Lau canu iaalamuna algaiba ma labizu fil aadabi el muhim*. (Si, de verdad, adivinaran lo oculto, no hubieran permanecido condenados a soportar el castigo y menosprecio más duros. XXXIV: Saba, 14.)

En todo caso, nos aseguran que el calificativo *yuad* proviene de la buena correspondencia que, para con los peregrinos, tienen los espíritus moradores de la caverna, cuya magnanimidad, liberalidad y esplendidez al informar a sus visitantes son notorias.

colores en el plumaje. La víctima debe ser consumida en la cueva (hay menaje de cocina) y no se debe facilitar parte alguna a la mezquita, a los *tolba* ni a los indigentes (15). Al poco tiempo queda el exvoto como señal de reconocimiento por el beneficio recibido.

En las inmediaciones de esta cueva existe un *argán* junto al cual se reúnen las jóvenes solteras de los caseríos próximos el día que comienza el *amuggar* de Sidi Mohammed b. *Abdel-lah* (16). Acuden con sus mejores ropas y con las frentes, bustos y brazos cargados de joyas argénteas, y se dedican a cantar y bailar; los suaves choques de las llamativas alhajas son ecos rítmicos de los panderos. No faltan a la reunión los mozalbetes. En tiempos ya pasados, los célibes contribuían a la animación de la fiesta, disparando sus fusiles a ras de las cabezas de las bailarinas. Esta danza cantada que es el *ahuaich* —línea de mujeres hombro con hombro, incesante balanceo, gestos precisos y repetidos, melopea sobreaguda, ritmo imperioso—, más que una diversión constituye una ceremonia, en este caso ejecutada para dar culto a la cueva o a sus moradores.

Es también costumbre —ya desapareciendo— el que las mujeres casadas acudan a este lugar el viernes siguiente a la celebración del *amuggar* de Sidi Bu Brahim, en Iseg (Ait en Nus) (17). Lo hacen

(15) Con independencia de estos sacrificios de la peregrinación se hacen ofrendas a la caverna por personas que están reconocidas a los *yenún*. Hay una mujer en el poblado Aluzad, de la kabila Ait en Nus, que lleva sacrificadas más de sesenta gallinas. Algunos sacrifican reses de ganado caprino u ovino.

(16) Se celebra en la segunda decena de julio. Tiene lugar esta romería en la orilla izquierda de la desembocadura del «asif» Solguemat. Vienen a ser también los «amuggares» unas ferias de ganado, en las que se realizan asimismo importantes transacciones de artículos de alimento y de vestido.

A los quince días de este *amuggar* se celebra el de Sidi Mesaud U Zeina, junto al soko Tenín de Amel-lu (Ait el Joms).

Pasados veintiún días tiene lugar el de Sidi Mehan Ben Daud, en los *Imstiten*.

Veintiún días después, el de Sidi Brahim U Abdel-lah, en el poblado Buguerfa (Ait Iazza).

Todos los «amuggares» se celebran en jueves; tiene lugar la concentración el día anterior; el viernes se inicia el regreso de los romeros.

(17) Esta romería tiene lugar a los quince días de la celebrada en Buguerfa.

Un mes después se celebra el *amuggar* de Sidi Aali Bu Zid, junto al antiguo soko del Jemís de Ait Bubquer, entre las kabilas Ait Ijelf y Ait en Nus. Es costumbre empezar la siembra al terminar esta romería. Es muy frecuente

solas, vestidas con los trajes de las mayores fiestas y engalanadas con todas las bellas joyas argénteas de la orfebrería berberí: *tizerzai* (grandes alfileres triangulares que sirven para sujetar el *haic* a la altura de los senos), diademas, grandes y circulares pendientes, pinjantes, pulseras y anillos; todas estas joyas ornadas con cabujones rojos, amarillos y verdes, con esmaltes de igual colorido y, entre unos y otros, negras líneas. Establecidas las romeras en derredor del *argán*, se dedican a transacciones de alheña, clavo y otras especias y resinas. Todavía se les pueden ver collares hechos con grandes bolas de ámbar, granos de coral y piecitas de plata. Todos estos objetos de adorno constituyen un capital que se reunió en los años de abundancia y del que se desprenderán en los temibles días de penuria e indigencia.

A. DOMENECH LAFUENTE

que ya el viernes caiga una ligera lluvia. Cuando tal sucede, es presagio anunciando una buena recolección; por lo que se dan gracias a la *baraca* o intercesión de Sidi Aali. No se olvide, sin embargo —y por si acaso—, que Al-lah es la fuente única y directa de todas las *baracas*.

